

dormir, hogar donde acogerse, pan para
nutrir el estómago e instrucción para ali-
mentar el espíritu!...

¡Pobre flor del pantano, nacida en el
fango y destinada a morir en el fango, sin
que nadie la recuerde ni nadie la llore!...

NOCHEBUENA

Nochebuena.

— Conque no hay que volverse atrás. Tú, Carmen, nos esperas a las doce en punto en tu casa. Procura estar acompañada de dos o tres amigas; yo iré con otros tantos muchachos de buen humor. ¡Qué demonio!; pasaremos juntos la Nochebuena.

— Te advierto que la vieja está mala.

— ¿Y eso qué importa?

Tales palabras se cruzaban, hace cuatro Navidades próximamente, entre Carmen, hermosa criatura de diez y nueve años,

que llevaba dos rodando por los cafés y por las calles de Madrid con el mantón sobre los hombros y el pañuelo de seda sobre la cabeza, y Antonio, un estudiante de Medicina, tan poco aficionado a los goces de la familia, como amigo de divertirse y de gastar alegremente el dinero que le mandaban sus padres para matrículas y otras atenciones de la carrera.

— ¿Qué tiene tu madre?—preguntó Antonio a la muchacha.

— No lo sé. Hace unos días se metió en la cama con dolor de costado, y sigue mala y tose mucho, y dice que le falta la respiración.

— ¡Bah! No te apures; eso es un catarro. Mira, tú lo preparas todo; yo encargaré la cena. Tendremos manzanilla, champagne, coñac, y luego te daré diez duros para un par de botas.

— Bueno. Cuenta conmigo. Y gracias

por los diez duros. Precisamente no hay en casa ni un ochavo.

— Pues toma eso hasta la noche.

Y Antonio puso en la mano de la joven un billete de cinco duros.

— Adiós—dijo ésta.

— Hasta luego—repuso aquél, y se alejó silbando un aire de zarzuela por la calle de Alcalá abajo, mientras Carmen se metía por la de Peligros, moviendo sus caderas, sobre las cuales se ceñía lascivamente su mantón de ocho puntas, y exclamando en voz baja: «¡Vaya! Con estos cinco duros podré comprar la medicina y encender lumbre.»

«¡Buena falta le estaban haciendo las dos cosas a aquella pobrel!»

*
*
*

A las doce en punto de la noche estaban reunidos en el comedor de Carmen,

Antonio, dos compañeros suyos, la dueña de la casa y dos mujeres jóvenes como ella y, como ella, poco cuidadosas del qué dirán; encima de la mesa humeaba el primer plato del festín; una moza desharrapada y flacucha preparaba en la cocina los restantes manjares; varios leños ardían en la chimenea con gran asombro de los morillos, poco hechos a semejantes abundancias, y una lámpara colgada del techo repartía sobre el mantel, con auxilio de una pantalla de cartón, su luz temblorosa y amarillenta.

¡Espectáculo extraño el de esta habitación desmantelada, en cuyas paredes describían fantásticos perfiles las llamas que, al subir retorciéndose por los techos, arrojaban sobre el muro sombras inciertas y resplandores indecisos!

¡Más extraño aún el de aquellos hombres y aquellas mujeres que, agrupados

en torno de la mesa y desconocidos los unos para los otros pocas horas antes, tratábanse entonces con franca y risueña alegría y chocaban los vasos, cambiando en voz baja frases y promesas de amor, nacidas con el primer sorbo de vino y llamadas a desaparecer con el último burbujeo del champagne!

¡Espectáculo extraño que hubiera sido repugnante si la juventud y la hermosura no tuvieran el privilegio de transformar en bello lo deforme, y de cubrir el eco repulsivo de las orgías mercenarias con el rumor de las carcajadas que se escapan de unos labios sonrosados y frescos y con el fuego que despiden unos ojos iluminados por la pasión, por la alegría y por el placer!

Por tal causa resultaba armónico y tenía no sé qué misterioso encanto aquel grupo de hombres y mujeres separados de sus

familias, faltas ellas de las ternuras y de los goces íntimos del hogar, y reunidos en el comedor de una entretenida para formar una familia de artificio que, al deshacerse, grabaría un recuerdo grato en la memoria de todos, sin dejarles ni el sabor acre de la ruptura ni las tristezas del desengaño.

¡Lástima que tan agradable conjunto se viese turbado por los quejidos que salían de una alcoba inmediata, donde la vieja, como la llamaba Carmen, se retorció en su angosto lecho, revolviéndose entre espasmos y convulsiones que contraían su rostro, lleno de arrugas y carcomido por la vejez; pero, después de todo, la vieja no podía quejarse: gracias a la fiesta que se celebraba, había tomado su medicina y tenía lumbre en la alcoba.

*
* *

La cena tocaba a su fin. El último plato acababa de ser puesto encima de la mesa por la moza que hacía oficios de camarero; Antonio se disponía a descorchar la primera botella de champagne, y los restantes comensales, con los ojos encendidos, coloreadas las mejillas, entreabiertos los labios y ardoroso el aliento, se entregaban a enérgicas y locas expansiones que, si no eran el amor precisamente, guardaban con él relaciones iguales a las que existen entre la respiración y el hipo.

— Espera — gritó Carmen, dirigiéndose a Antonio, que se disponía a cortar el alambre de la botella —. ¡Rosa! — añadió, volviéndose hacia la mozuela que había servido los manjares —: vete allá dentro a ver si la vieja necesita algo.

La criada salió, y Antonio, tirando con fuerza del alambre, lo hizo pedazos y, mientras el corcho saltaba al techo produciendo

un ¡pam! seco, la espuma se desbordaba por el cuello de la botella con rumor alegre y bullicioso. Todas las manos, empuñando copas, se extendieron hacia adelante, y el champagne, cayendo sobre éstas y describiendo en su fondo caprichosas ondulaciones, las tiñó con matices de oro, al través de los cuales se quebraban y se descomponían los rayos amarillentos del quinqué.

— ¡A la una, a las dos!... — exclamó Antonio.

Las copas subieron perpendicularmente y una carcajada general estalló en la estancia.

En aquel momento se oyó un grito de angustia y la mozueta que servía a Carmen apareció en el comedor con el semblante pálido y los ojos fuera de las órbitas.

— ¡Tu madre!... — dijo dirigiéndose a Carmen.

— ¿Qué? — repuso ella.

— No sé, pero está inmóvil en la cama; la he llamado y no me contesta.

Carmen echó a correr en dirección de la alcoba, y todos la siguieron.

Allí, iluminado por una lamparilla de aceite, veíase un lecho sucio y miserable, y tendida en él, con la rugosa cara contraída por el gesto supremo de la agonía, los miembros rígidos y la cabellera gris desordenada y revuelta, estaba la vieja, inmóvil, semidesnuda, con las pupilas fijadas en uno de los ángulos de la pared.

— ¡Madre! — gritó Carmen abalanzándose sobre aquel cuerpo aniquilado —. ¡Madre!... ¡No responde! — murmuró —. ¿Qué tiene?

— ¿No lo ves? — repuso una de sus compañeras —: está muerta.

— ¡Muerta! — exclamó la joven; y al retroceder hacia los otros tropezó con la

mano con que empuñaba la copa mediada de vino en uno de los barrotes del lecho.

La copa saltó hecha pedazos, el líquido salpicó la cama, y una gota espumosa de champagne cayó de golpe sobre los labios descoloridos de la muerta.

LA AFICIONADA

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD
"ALFONSO REYES"
10do. 1625 MONTERREY, MEXICO

La aficionada.

Apoyada en la barandilla del palco sobre la cual descansaba, formando una curva deliciosa y viviente, un pecho robusto que al agitarse a impulsos de la respiración movía con suave y lascivo movimiento los encajes de su mantilla blanca, encontrábase aquella muchacha cuyo nombre ignoro, y todos los ojos se volvían hacia ella y de todos los labios brotaba una frase de admiración para su belleza, iluminada por los reflejos del sol y por los resplandores de la juventud.

Era hermosa, con esa hermosura que agita la sangre y estremece los nervios, que despierta las codicias de la posesión, que más que enamorar enloquece, y antes de conmover pertuba. Todo en ella hablaba a la carne, no al alma; sus ojos negros, llenos de vida, que brillaban con relámpagos de fiebre entre sus pestañas espesas y oscuras; su nariz incorrecta, que abría y cerraba a breves intervalos sus ventanillos, sobre las cuales dibujaba la luz transparencias color de rosa; sus labios gruesos, rojos, sombreados en la parte superior por un imperceptible bozo, y mostrando en el húmedo hueco que dejaban al entreabrirse una dentadura blanca y pequeña; su barba redonda y fuerte; su cutis moreno, donde proyectaban las sombras de la mantilla esos tonos verdosos que son la desesperación de los pintores; su cuerpo entero, en fin, porque todo su cuerpo era

un reto al deseo y una provocación a la espina dorsal.

Esto lo veía yo claramente, con la triste y dolorosa claridad de la experiencia; y al par que lo veía escuchaba el himno de amor y de deseos que, provocado por aquella hermosura, entonaba a mi oído un compañero de juventud y arte, un pintor que tiene los ojos saturados de líneas y de colores, el cerebro repleto de inteligencia y el corazón henchido de ilusiones y de esperanzas.

Y mientras mi amigo hablaba creando en su imaginación un idilio, del que eran agentes principales él y la muchacha del palco, abajo, en la plaza, corría el toro levantando en los vértigos de su carrera torbellinos de arena que se doraban a los rayos del sol, y embestía contra los caballos, desgarrando sus carnes con heridas brutales y asquerosas, y volteaba a los

picadores, y seguía en pos de los peones, ansioso de alcanzarlos, y se detenía junto a la barrera bramando de coraje, humillando la testuz y mostrando, al humillarla, el ancho morrillo, lustroso de sangre y de sudor. Rugía el toro, voceaba la gente, gallardeaban por delante de la fiera, capote en mano, los lidiadores, estremecíanse los tísicos jamelgos al caer en el ruedo con la última convulsión de la agonía, sonaban los clarines anunciando el cambio de suerte, salían los banderilleros, y la muchacha del palco, inclinando hacia adelante su rostro curioso, seguía una por una las peripecias de la lidia con los ojos brillantes, la boca entreabierta, los dientes encajados y las mejillas coloreadas por el placer.

— ¡Qué hermosa es! — decía mi amigo entretanto — : ¿no sientes al mirarla envidia de todo cuanto la rodea, de la mantilla que acaricia su frente, del vestido que ciñe

su cuerpo, de los curiosos que la contemplan y del aire que se agita sobre su rostro? ¿No ves en esa mujer un venero de goces inagotables, de seducciones infinitas, de venturas eternas? ¿No comprendes que ser amado por ella, que sujetarla entre tus brazos, sentir su aliento junto al tuyo, recoger con tus manos trémulas los latidos de su corazón y aspirar con tus labios el eco de las palabras entrecortadas que ella murmurase sería la síntesis del placer y la última palabra de la dicha? ¿No lo comprendes?

— El placer, sí; la dicha, no — repuse contestando a las preguntas de mi amigo —. Esa mujer ofrece por su conjunto, por sus actitudes, por sus menores gestos, más amarguras que dichas al hombre que la ame; en ella responderá siempre la materia, el espíritu nunca; fijate con qué satisfacción y con qué entusiasmo contempla la corrida; su rostro no palidece ni ante la

sangre ni ante el peligro; el abanico que manejan sus manos la sirve, no para hurtar por breves instantes de los ojos ajenos los tesoros de su belleza; no hay en ella síntomas de ese miedo que se une a la alegría en todas las muchachas que asisten a la fiesta de los toros; ella goza, no hace más que gozar, y cuando mayor es el riesgo, más curiosa y más satisfecha se muestra. Emociones fuertes, rudas, salvajes; emociones que broten de la carne las proporcionará en todo momento; emociones dulces, emociones que broten del alma y por el alma, no las proporcionará jamás. Nadie puede proporcionar lo que no tiene.

— ¡Estás loco! — respondió mi amigo —: ¿en qué te fundas para decir eso?

— En tu propia locura — repliqué yo.

Había llegado el *momento supremo*, como dicen los aficionados: la hora de matar. *Lagartijillo* (porque aquella tarde mataba

Lagartijillo) estaba delante del toro con la muleta recogida y el estoque echado a la cara; el toro, con el hocico lleno de espuma y el lomo cubierto de sangre, permanecía quieto, inmóvil; solamente su pecho robusto y sus poderosos ijares jadeaban, demostrando el cansancio de la lucha; el público dividía su atención entre el hombre y la fiera.

El matador dió un paso, acudió el toro, y todos pudimos ver una cosa horrible: la fiera embistió al hombre, lo volteó en sus cuernos y lo despidió, haciéndole describir una curva en el espacio, a cuatro pasos de distancia.

El matador estaba ileso; pero sus calzones desgarrados probaban la violencia de la acometida y lo grave del peligro.

Yo levanté maquinalmente los ojos, buscando a la muchacha del palco.

Al verla sentí una emoción extraña;